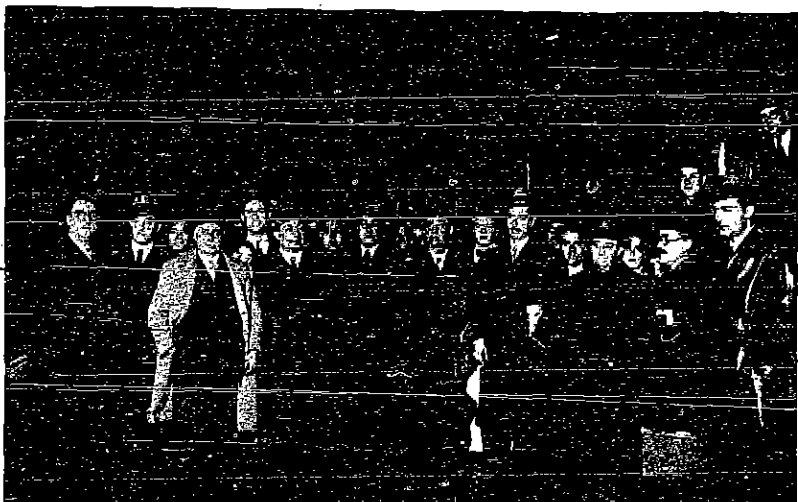


La masacre de Casas Viejas (y 2)

El Parlamento investiga sin entusiasmo

En la masacre de Casas Viejas, el episodio más trágico y sangriento de la segunda República, el asalto a la cabaña de la familia del Seis Dedos, líder cenetista del pueblo, representó el inicio de una matanza, continuada luego con otras personas del pueblo. En el artículo anterior dejamos a la familia rodeados de fuerzas de la Guardia Civil y de los guardias de Asalto.



Madrid. Comisión de parlamentarios designados para investigar sobre los sucesos de Casas Viejas, presidida por Luis Jiménez de Asúa.

A la una de la madrugada, los cuatro hombres que quedaban en la choza, tenían las armas siguientes: dos escopetas con perdigón conejero, una con postas serreras y el mosquetón de un guardia herido. Dentro había dos mujeres: Francisca Lago y Josefa Franco, ésta herida. Mariquilla había huido. Por lo menos, alguien de la familia «Libertaria» de Casas Viejas, se salvaba.

Informes de Medina aseguraban que toda la zona estaba en poder de los revolucionarios. Se daban cifras exageradas sobre las bajas de los guardias de asalto. Hay que recordar que este cuerpo lo formaban soldados procedentes del Tercio, «cuerpos de represión acostumbrados al olor de la sangre». Y así, doscientos fusiles dispararon sin cesar sobre la choza de barro y ramaje. Luego llegó la ametralladora. Al cabo de unas horas, Francisco Lago y su hija intentan huir. Los dos fueron ametrallados inmediatamente.

Era necesario acabar, esa misma noche, con la resistencia de «Seisdedos» y los suyos, según órdenes del delegado de la República que presenciaba los acontecimientos. Había que destruir ese nido de oposi-

ción, o como dijo Azaña: «... las propagandas disolventes e infecciosas», — aparente oposición en un régimen que enarbola la justicia social, pero que permite que los latifundios sigan intactos, los trabajadores hambrientos y la cultura para los ricos. Es cierto que la República socialista no era culpable de los siglos de depauperación del campo andaluz y del campo español en general. Las anteriores monarquías hereditarias, según Vicens Vives, «con sus prebendas, privilegios, despilfarro, bajo la protección de los gobiernos, habían dejado la nación campesina, en un estado de pobreza verdaderamente alarmante...»

En la madrugada la vivienda choza de Curro Cruz, es incendiada. Y a medida que van saliendo los supervivientes, envueltos en llamas, son ametrallados sin contemplaciones. Dentro, quedan completamente carbonizados y con heridas de bala: «Seisdedos», los dos hijos, la nuera y el yerno.

Comienza la Razzia

Destruida la choza, asesinado con las esposas puestas Manuel Quijada y golpeada salvajemente su

compañera, Encarnación Barberán, «las fuerzas de la República socialista bajaron en una columna disforme, hacia la plaza y formaron en el centro». Eran más de doscientos hombres.

Todas las viviendas de la aldea estaban cerradas. Se dio orden de hacer un escarmiento. «Doy media hora para hacer una ruzia, sin contemplaciones.» Era la mañana del 12 de enero.

Murieron asesinados más de veinte campesinos, porque se habían sublevado contra la ley que les impedía trabajar la tierra, que «ponía entre ellos y la tierra el alambre espinoso, la Iglesia y la Guardia Civil».

He aquí el estado de cosas, expuesto en el acta del forense: «... De allí pasamos a la corralata de «Seisdedos». Había un montón de cadáveres, un verdadero río de sangre...» De los fusilamientos, se lee: «Todos

tenían los balazos de frente; la mayoría en la cabeza; materialmente levantada y volada la bóveda craneana, como si hubieran recibido un disparo de gracia hecho a boca de jarro.»

De las declaraciones oficiales prestadas por los guardias ante la Comisión Parlamentaria, leemos: «... fueron llevados a la casa del «Seisdedos» y después de esposados con cuerdas les dijo el citado capitán: «Pasad a ver el cadáver del Guardia.» Pusan fiados en esto y a la voz de ¡fuego!, dada por el capitán, disparan algunos guardias de asalto y dos guardias civiles, repetidas veces, siendo meros testigos presenciales los dos oficiales Artal y Alvarez, además del delegado del Gobierno.

De la declaración de José Vela, superviviente, ante la mencionada comisión: «Manifiesta también que los

carbonizados han permanecido diez días abandonados en la choza, apareciendo todos los vecinos del pueblo como los perros llevaban sus restos. Ha sido un verdadero crimen — dice — que todo el pueblo lo reconoce. Cree que la mayor parte de los muertos son inocentes.»

Y con estos informes y el traslado de la cuerda de presos a Medina, se puede dejar concluidas las jornadas sangrientas de los días 11 y doce de enero de 1933 en Casas Viejas, hoy nominada Benalup de Sidonia.

Conclusiones ante un hecho histórico

En el parlamento, necesitaban informes sobre lo sucedido. Se tardó varios días para recoger las declaraciones y actas del forense, Guardia Civil,

Guardias de Asalto y la del delegado comisionado por la República. Pero, en el fondo, tanto el Parlamento, como el Gobierno, como las fuerzas represoras, se justificaban y rehabilitaban entre sí, de modo que asesinaron a los campesinos hambrientos de Casas Viejas defendiendo a los terratenientes «feudales y monárquicos» que siempre lucharon contra la República y que ahora, después de esta matanza y por casi, casi agradecimiento, engrasaron las filas de los partidos republicanos.

Como finaliza Sender: «Lo demás, la pugna parlamentaria de los partidos burgueses, sobre Casas Viejas, no es sino una disputa entre verdugos ante los cadáveres calientes aún de sus víctimas.»

Texto: Francisco Seguí
Fotos: Archivo

Campeñinos detenidos por la Guardia Civil en Casas Viejas



Comentarios de la época sobre los sucesos

LERROUX: «Estoy segurísimo de que Azaña no es capaz de tirar a la barriga de nadie, ni de ordenar en caliente ni en frío que se remate a los heridos y se sacrifique a los prisioneros.»

MANUEL AZAÑA, refiriéndose al capitán Rojas: «No le he visto nunca. Su aspecto no predisponc en favor suyo; la hechura de la cabeza no delata al hombre inteligente.» (Memorias Políticas y de Guerra.)

JOSE PEIRATS: «Hecha la paz de los cementerios, la marejada deriva hacia el salón de sesiones del Parlamento. Manuel Azaña, autor de la represión bajo la consigna de ni heridos ni prisioneros: tiros a la barriga, tilda las terribles acusaciones de cuentos de brujas.»

Cambio de Gobierno

Al año siguiente, 1934, el nuevo Gobierno lerrouxista, y al dictado de Gil Robles, «agente éste a su vez de los jesuitas», se da todo un giro político a la derecha.

Esquema que presenta el nuevo gobierno:

- 1) Obra contrarrevolucionaria. Garantías constitucionales suspendidas. Estado de prevención. Estado de alarma. Estado de guerra.
- 2) Amnistía a los enemigos de la República. Reinstauración en sus cargos a militares monárquicos.
- 3) Pago de haberes al clero. Negociaciones con el Vaticano. Enseñanza religiosa obligatoria.
- 4) Anulación de toda legislación social republicana. Destitución de Ayuntamientos socialistas y republicanos de izquierda.
- 5) Persecución encarnizada a las organizaciones obreras. Clausura de su Prensa y Casas del Pueblo.

Mientras tanto, con la protección oficial y con dinero y armamento de Mussolini, se arman y organizan los grupos fascistas.